

POR LOS FRUTOS LOS CONOCERÉIS.

Una vez, terminado el Servicio en la Fraternidad de la Habana, regresaba a mi casa caminando, pues era relativamente corto el camino, e iba razonando en lo fundamental de aquella actividad. También pensaba en las experiencias oídas hacía un rato por muchos de los amigos allí presentes, a los que en verdad, por lo que comentaban, sólo le faltaban las alas para ser verdaderos ángeles y salir volando.

Yo misma me sentía orgullosa de ir conociendo aquellas Enseñanzas. Soñaba con el día en que como a muchos otros, se me presentara el Maestro, según decían. Por eso hacía todo lo posible por no faltar a un Servicio, pues allí, aunque no los viera, ellos si me verían y sabrían de mis esfuerzos y dedicación.

Por eso aquella misma tarde discutí con mi suegra, que a la hora de yo tener que salir para el Templo empezó a llorar porque se sentía deprimida y deseaba conversar con alguien. Le dije que no podía faltar al Servicio y sin más explicaciones me fuí, pues ella no entendería por mucho que le explicara.

En todo ésto pensaba de camino a la casa, cuando me encontré con Rayan, un amigo de la Fraternidad.

- ¿Rayan, para dónde vas?.

- Voy al Templo.

- ¡Pero Rayan, mira qué hora es!. Ya el Servicio terminó, yo vengo de allá.

Rayan quedó medio desorientado. Estaba sudando y respiraba con agitación.

- ¿Y por qué vienes caminando si vives tan lejos?.

No me contestó y continué reprochándole.

- ¡Rayan, tienes que hacer conciencia de lo que es la Fraternidad. Los Servicios son muy importantes y no debes estar faltando sin motivo!.

¡No sé cuántos otros reproches le hice!. El sólo bajó la cabeza.

Nos despedimos y seguí para la casa. Cuando llegué me asombró ver a mi suegra tan animada, yo diría que como hacía tiempo no la veía.

- ¡Está usted muy contenta Maria Luisa!.

- Si, me sentía terriblemente mal, pero pasó por aquí Rayan, el amigo de ustedes, y al verme así se quedó para hacerme compañía. El pobre, yo creo que estaba apurado, pero no se fue hasta que me vió mejor.

Quedé sin poderle hablar. Me encontré de pronto confundida.

- Por cierto Susana, que ese muchacho me estuvo hablando de la Fraternidad a la que ustedes pertenecen y me interesó tanto que te juro que si no fuera tan vieja, hasta yo iría.

Esa noche apenas pude dormir. Mi mente buscaba y buscaba.

Al otro día mi suegra me comentó

- Susana, quería decirte algo. Al parecer Rayan no tiene una buena situación pues no pude evitar ver que sus zapatos están tan gastados que no tienen suela y casi está caminando descalzo.

Dos días después, supe que cuando Rayan llegaba muy sudado a la Fraternidad, no era porque estuviera caminando para hacer ejercicios, si no, porque no tenía dinero para pagar el omnibus y esa enorme distancia la recorría caminando. De todo ésto los amigos se daban cuenta, pero de su boca nunca salió una queja. Recuerdo que siempre que le pregunté cómo estaba, me decía sonriendo:

- ¡Bien, Susanita, bien!.

Muchas veces más lo ví llegar a la Fraternidad casi corriendo para que no se le hiciera tarde, y sabía que venía de conversar con mi suegra.

En el Templo, seguía oyendo a los amigos contando sus maravillosas experiencias espirituales, y al mirar a Rayan lo veía observándolos con una sonrisa casi tonta, como encantado. No puedo negar que lloré por mi misma.

Sigo creyendo que el Servicio que se hace en la Fraternidad es un trabajo tan profundo e importante que resulta difícil de explicar y entender con nuestras palabras. Pero el que no sea capaz de quedarse en el camino para aliviar un dolor, nada tiene para dar allí.

Muchas y muchas noches estuve sin dormir mientras mi mente seguía buscando. Hasta que no busqué en mi corazón no empecé a comprender algunas cosas.

Ahora, a veces, ni siquiera por educación me detengo a escuchar las fantásticas experiencias que a menudo comentan los amigos: "que si salen del cuerpo y curan", "que si hacen viajes astrales espectaculares", "que si se les aparece el Maestro para darles la mayor de las tareas", etc, etc, etc. Amigos, por sus frutos los conoceréis.

Tengo que decir que me sentía feliz después, cuando corriendo, casi arrastraba a Rayan de camino al Templo y oía a mi suegra gritar:

- ¡Corran que se les hace tarde!.

Susana Matos.